

LA REVOLUCION TECNOLOGICA Y EL FUTURO DEL TRABAJO

Alfonso Guerra

Vivimos una etapa histórica que se distingue sobre todo por profundas y constantes mutaciones tecnológicas y culturales. Los cambios económicos, sociales, políticos e ideológicos se influyen entre sí y se desarrollan a veces a un ritmo vertiginoso. Estamos a mi juicio a las puertas de una nueva sociedad.

1. LA TRAVESIA DEL HOMBRE

A finales del siglo XVIII, la Revolución Francesa supuso la conquista de los derechos políticos de los ciudadanos. La primera mitad del siglo XX permitió la conquista de los derechos sociales. A finales del siglo XX la sociedad mundial vive una etapa de crisis de valores, en la que la separación de los elementos científicos y humanísticos del saber está limitando el avance del conocimiento. En un momento determinado se optó por orientar a unos hacia el conocimiento especulativo y a otros hacia los datos verificables, de forma que ciencias y humanidades bifurcaron su trayectoria en detrimento del *saber*.

A partir de esta especialización de los saberes, la información ha crecido de una manera vertiginosa, pero a mi juicio ha disminuido el conocimiento. Existe una enorme acumulación de información, pero casi nula reflexión. Los filósofos son sustituidos por los pensadores y éstos por los ejecutivos o los *managers*.

Sin embargo, la necesidad de asociar ideas y proyectos y sobre todo la necesidad de una educación no dependiente solamente de las necesidades productivas exige un tipo de formación cuyo objetivo siga siendo el *hombre* y no la *empresa*, evitando un reduccionismo economicista sobre el papel de los seres humanos individual y colectivamente considerados.

En nuestras sociedades cobran cada día más fuerza nuevas aspiraciones y demandas sociales. Las razones ecológicas pretenden lograr la primacía que tienen hoy los argumentos económicos en las decisiones sobre el crecimiento y el desarrollo industrial. La robótica y la informática suscitan interrogantes sobre las posibilidades de que en el futuro disminuya de una manera muy importante el trabajo y aumente el papel de la ocupación como sustitución del trabajo tradicional. Cobra igualmente vigencia la necesidad de protección de derechos nuevos; por ejemplo, el derecho del patrimonio genético, ante las nuevas posibilidades científicas de manipulación genética de los seres humanos. Y a todo esto hay que añadir también los nuevos problemas que nacen de la concentración de poder en los esquemas empresariales de la comunicación y, por tanto, del control de la información en el mundo.

En este año 92, en que se celebran los quinientos años de un gran descubrimiento que cambió el mundo, he tenido la oportunidad de leer muchos estudios que hablan de lo que supuso aque-

lla larga travesía de unos hombres en sus frágiles barcos a lo largo de un extenso océano, explorando una parte del mundo que se desconocía. Esto me ha incitado a pensar también en otra travesía: en la travesía del hombre a lo largo de estos quinientos años. Antes el hombre creía sobre todo por fe, creía en el valor religioso y en las personas que lo representaban. Pero estas convicciones fueron sustituidas primero por la creencia en el poder, sobre todo en el poder militar, mientras que actualmente la máxima confianza tiende a depositarse en el dinero, en los valores monetarios.

Actualmente se vive una crisis de valores. Existe tanto miedo por el conocimiento como curiosidad por él. En Occidente, en la «cuna de la libertad», a veces se huye de la libertad y el saber y otras veces se busca y se explora. Hay un cierto miedo a la libertad.

2. EL FUTURO DEL TRABAJO

La reflexión sobre el futuro del trabajo nos sitúa ante uno de los aspectos fundamentales del cambio profundo que están experimentando las sociedades industriales en nuestros días.

Las transformaciones que están teniendo lugar implican, e implicarán, cambios importantes para millones de seres humanos, en sus oportunidades de empleo, en la naturaleza de su trabajo, en sus formas de vida y en sus experiencias sociales. Por ello es lógico que cada vez más ciudadanos contemplan las perspectivas de la evolución social y económica, preguntándose cómo afectará el cambio al futuro del trabajo, a las oportunidades de empleo e ingresos.

En este contexto de cambios e incertidumbres, los ciudadanos esperan que los responsables políticos y los intelectuales sean capaces de analizar el cambio y prevenir los posibles problemas del futuro con políticas responsables y eficaces.

En una coyuntura económica y social en la que surgen incertidumbres y dudas sobre el futuro —hay quien ha hablado de la época que se avecina como una nueva era de la incertidumbre— cobra más vigencia que nunca el papel que puede y debe desempeñar el socialismo como una guía válida para una acción justa y solidaria, como una garantía de *seguridad* y *equidad* en el futuro.

Intelectuales y responsables políticos deben enfrentarse a la dinámica actual de los acontecimientos económicos, sociales y políticos con claridad y decisión, con sinceridad y voluntad política firme. Como señalan Ran Ide y Cordell, «la indecisión» no debe ser «el atributo predominante de los líde-

res de nuestro tiempo», ante el fracaso de muchas «políticas inadecuadas e ineficaces para hacer frente a la magnitud de los problemas con que nos enfrentamos».

Uno de los acontecimientos históricos principales que enmarcan el momento que vivimos es el colapso de la Unión Soviética y los países comunistas de la Europa Central y Oriental, que tiene para la izquierda una especial significación, no sólo en cuanto suponen el derrumbe de un modelo totalitario y represivo, económicamente inviable y socialmente injusto, sino en cuanto ha dado lugar a un período de cierto envalentonamiento de las fuerzas conservadoras que, frente al fracaso del modelo comunista, han intentado propagar nuevamente un modelo de sociedad basado en las viejas recetas neoconservadoras del capitalismo darwinista y presocial, a veces oculto bajo un falso ropaje pseudo-científico y tecnocrático.

Incluso en nuestros días estamos asistiendo a un cierto resurgir de viejos fantasmas del pasado, que hasta hace bien poco creíamos felizmente superados. Los fantasmas del racismo, de la xenofobia, del hipernacionalismo disgregador y de las luchas fratricidas han vuelto a situarse en primer plano de la actualidad política.

En el fondo, estamos asistiendo también a una profunda crisis del neoliberalismo y a un estrepitoso fracaso de las ideas neoconservadoras, cuyas consecuencias más notorias han sido: un aumento enorme y peligroso de los déficit públicos en algunos de los países económicamente más desarrollados, una notable inestabilidad monetaria internacional, un fracaso en el control de la inflación y una incapacidad para resolver los problemas del paro, de la dualización social, de la pobreza de importantes sectores sociales, mientras se permanece enredado en una locura monetarista incontrolada, que ejerce efectos narcotizantes, desviando la atención de los problemas que sufre la humanidad.

En este contexto, la convicción de muchos de nosotros es que el socialismo democrático representa la única alternativa política que puede hacer frente a los retos del futuro, combinando la pasión por la libertad con el compromiso por la igualdad; conjugando el desarrollo económico con la equidad y la solidaridad.

Cuatro objetivos globales se plantean a la izquierda en estos momentos: el reto de las integraciones supranacionales como contrapunto al nacionalismo disgregador; la creación de las condiciones que permitan el desarrollo de un nuevo orden internacional más justo y solidario, a la vez que respetuoso con el medio ambiente; la afirma-

ción de la identidad ideológica de la izquierda y del socialismo democrático como expresión política concreta ante el panorama de incertidumbre ideológica que parece imponerse en el mundo; y el desafío de lograr que la revolución tecnológica en marcha genere unas mejores condiciones de riqueza y de bienestar social, sin poner en riesgo las oportunidades de empleo y de ingresos para grandes colectivos sociales.

El fenómeno de las integraciones supranacionales tiene hoy su máximo exponente en la Unión Europea, pero también en Norteamérica, Centroamérica y Suramérica, en Asia y en el Norte de Africa se están desarrollando procesos de integración con la finalidad de crear amplios espacios económicos y políticos.

La Unión Europea significa para los ciudadanos europeos una garantía de convivencia en paz entre las distintas nacionalidades y culturas, además de la posibilidad de un progreso económico, social y científico que se traduzca en unos altos niveles de bienestar social.

El propósito de la izquierda ha de ser que en las nuevas uniones supranacionales prime la solidaridad y la cooperación frente al individualismo posesivo; que lo público y lo privado no se excluyan, sino que se complementen en unas sociedades integradas, donde desaparezca el peligro de la marginación que hoy acecha a colectivos importantes.

Pero el reto de la izquierda actual se proyecta también hacia aquellos países que no tuvieron en cuenta los que auguraron el fin de la historia y el triunfo definitivo del capitalismo; aquellos países —la mayoría— en los que impera el autoritarismo, la injusticia social y la escasez. El capitalismo y sus recetas neoconservadoras no sólo no han ofrecido soluciones al desarrollo del Sur, sino que en muchos casos han dado lugar a una agudización de las diferencias que separan a los países desarrollados de los que no lo son, a la vez que han producido el efecto de un grave deterioro del medio ambiente.

Los conservadores continúan empeñados en convencernos, una vez más, de que nos encontramos ante el fin de las ideologías, incluso ante el mismo fin de la historia. Y, lamentablemente, en ocasiones algunos de sus argumentos encuentran cierto eco entre quienes creen simplistamente que un período, a veces calificado como una «era de excesiva acumulación ideológica», ha de ser seguido necesariamente por un período de predominio tecnocrático y desideologizado.

Pero ni la historia es un carrusel de feria, ni el espíritu humano está condenado a oscilar bruscamente de un extremo a otro.

Por ello es preciso evitar la desideologización del debate político y la despolitización del debate económico y social, afirmando la primacía de lo político, de la decisión política.

En estas páginas se analiza precisamente uno de los problemas fundamentales que el cambio social plantea a la sociedad. La revolución tecnológica está suponiendo una robotización y automatización progresiva de los procesos productivos. Estos cambios en los procesos productivos tendrán importantes consecuencias para toda la sociedad, que no sólo afectarán al mismo trabajo humano (lo que se hace, cómo se hace y quiénes lo hacen), sino también a todas las estructuras económicas, políticas y culturales de la sociedad. De ahí la necesidad urgente de profundizar en el análisis riguroso de estos cambios y de las consecuencias que tendrán para el futuro de la izquierda.

La revolución tecnológica está permitiendo desarrollar complejas y sofisticadas estructuras técnicas capaces de realizar una fracción muy elevada de las «rutinas cognitivas» en que consistía hasta ahora buena parte del trabajo humano. Por ello Klaus Haefner ha podido calificar a los nuevos instrumentos de trabajo como una especie de «esclavos cognitivos» que pueden hacer muchos trabajos por nosotros.

Estamos siendo testigos de una gran transformación cuyas posibilidades aún son poco utilizadas. Estamos asistiendo al desarrollo de la microelectrónica, de la robótica, de las nuevas tecnologías, con perspectivas de cambios fundamentales.

Pero no siempre estamos siendo lo suficientemente conscientes sobre las consecuencias, sobre las oportunidades y sobre los posibles elementos de incertidumbre que se pueden abrir con la aplicación de esas nuevas tecnologías en relación con la sociedad. Los constructores de la próxima generación de ordenadores, la quinta generación, nos anuncian que éstos operarán sobre la base del silogismo, no sobre la base binaria, como los actuales ordenadores. Esto significa, según nos anuncian, que los ordenadores de un futuro inmediato «pensarán» como los hombres, pero a una velocidad infinitamente mayor. Según sus diseñadores, los primeros ordenadores de esta generación tendrán una velocidad de 400 millones de operaciones por segundo.

La posibilidad de que una gran parte de los trabajos monótonos y agotadores del pasado puedan ser automatizados de una manera eficaz y económicamente rentable ha dejado de ser una utopía para convertirse en una realidad en funcionamiento en las sociedades más industrializadas. La vieja idea —casi de ciencia-ficción— de la «fábrica sin

obreros» es ya una realidad concreta en varios países. Precisamente la mayor fábrica de robots del mundo, capaz ¡nada menos que de fabricar 12.000 complejos robots al año!, lo hace con menos de 90 personas trabajando.

En la medida en que los nuevos sistemas de trabajo puedan permitir a los hombres quedar liberados de la mayor parte de los trabajos rutinarios y nocivos, y en la medida en que permitan crear mayor riqueza y bienes materiales que nunca, el futuro que tenemos por delante podría llegar a ser el mejor de todos los tiempos. Un mundo que plantearía nuevas posibilidades para el ocio, para la cultura, para la educación permanente, como sostiene Adam Schaff. En definitiva, la revolución tecnológica puede contribuir a crear las condiciones que hagan posible un nuevo humanismo, un nuevo *Renacimiento* cultural.

Pero, junto a las evidentes consecuencias positivas implícitas en el futuro, debemos analizar también los riesgos de algunas consecuencias y efectos negativos.

Podemos clasificar tales consecuencias en dos categorías: las que pueden afectar a la naturaleza y condiciones del trabajo, y las que pueden repercutir en un eventual crecimiento del paro estructural, como consecuencia de la sustitución de los hombres por los robots y los sistemas informatizados de trabajo en el sector servicios.

El trabajo humano, bien como fuente de los ingresos necesarios para la subsistencia, o bien como elemento para la realización social y personal del trabajador, está experimentando una radical transformación. Como André Gorz sostiene, para un gran número de personas, su puesto de trabajo, su carrera o su profesión han dejado de ser la dimensión más importante de su vida. «La propia economía —señala Gorz— ya no necesita que la población activa trabaje a tiempo completo y durante todo el año, y en consecuencia existe la posibilidad de disponer de una cantidad sin precedentes de tiempo libre». Las personas, liberadas en gran parte de ese trabajo «para ganarse la vida», tenderán a dar más valor y a identificarse más con otras actividades privadas o públicas que llenen su tiempo disponible. Si se considera que el disponer de más tiempo es más valioso que contar con más dinero, como afirma Gorz, «el paradigma económico sobre el cual se asienta el capitalismo quedará obsoleto», y se podrá decir, como él sostiene, que ha comenzado *la edad post-económica*, con sus valores post-económicos.

Por otra parte, muchos analistas creen que uno de los efectos de la revolución tecnológica puede ser el aumento del desempleo, ya que cada día cre-

cen las posibilidades de que trabajos de todo tipo puedan ser realizados sin intervención humana, o con una intervención humana cada vez menor.

El desarrollo de la revolución tecnológica abandonada a su propia espontaneidad, de acuerdo a las leyes del mercado sin límites, puede dar lugar, a medio plazo, a una preocupante tendencia de aumento del paro estructural. A ello se refieren la mayoría de los colaboradores en este número de la Revista, aportando informaciones y estadísticas internacionales recientes que nos previenen sobre el peligro de esta posibilidad.

De hecho, los datos recientes muestran cómo en los países de la OCDE el número de parados es en 1992 de veintisiete millones de personas —cuatro millones más que en 1990—, de las que trece millones seiscientos mil corresponden a países de la Comunidad Europea —un millón y medio más que en 1990—. Imagínense las cifras que podrían aportarse de los países no desarrollados, si pudiéramos homologar el concepto de paro y las estadísticas fueran fiables, allí donde existan.

No puede negarse que nos encontramos ante la posibilidad de cambios enormes. Lo más importante no es sólo que los ordenadores, la robótica, estén reemplazando a bastantes trabajadores en puestos de trabajo concretos, sino que están desplazando su papel social global, están presionando para que dejen de ser el soporte fundamental de los sistemas productivos como agentes sociales básicos en la realización del trabajo directo.

Los trabajadores como colectividad empiezan a ser conscientes de que su capacidad de oferta de fuerza de trabajo está dejando de ser el elemento social básico de los nuevos sistemas. Lo fundamental es que hoy si los trabajadores paran, el sistema de producción ya no se para, y hasta hace muy poco cuando los trabajadores paraban, el sistema paraba. Algunos pensadores apuntan incluso hacia la desaparición de la clase obrera.

Al hecho de que el obrero clásico tienda a dejar de ser el motor central y único del sistema productivo hay que añadir la circunstancia de que las máquinas inteligentes tienden a reducir el tiempo de trabajo, de forma que el trabajo «disponible» se convierte en nuestro horizonte en un bien escaso. Y si el trabajo es un bien escaso, no hay más opción que repartirlo. Lo que implica la necesidad de un cambio profundo de las relaciones laborales.

La nueva revolución técnica, la mutación tecnológica, como dice Robin, que estamos viviendo hará cambiar el concepto tradicional del trabajo por el concepto más amplio de «ocupación» no productiva, en áreas como la cultura, el deporte,

el ocio, la ciencia, la protección del medio ambiente, la asistencia social.

La revolución tecnológica ha reducido el tiempo de trabajo disponible. La técnica ha aportado la forma de llenar ese tiempo con la aparición de la televisión, que viene a ocupar cuatro o cinco horas diarias de la vida de cada persona. Cuando la revolución de los ordenadores de quinta generación consiga reducir aún más el tiempo de trabajo, bastará que los técnicos encuentren una nueva «distracción», como fue la televisión, que llene otras cuatro o cinco horas, para que la actividad de la humanidad en los países desarrollados pueda quedar limitada a una pasividad total. Este es uno de los peligros contra los que deben movilizarse las ideas de progreso cualitativo, de justicia y de solidaridad, para hacer avanzar la historia, que no ha acabado, como dicen algunos, sino que más bien no ha hecho más que empezar.

Si a estos hechos unimos los datos aportados sobre el aumento de la pobreza y la marginación social en países tan ricos como Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, etc., comprenderemos que nos encontramos ante una verdadera contradicción social que no tiene justificación posible. Por una parte, la revolución tecnológica está contribuyendo eficazmente a crear mucha más riqueza, pero al tiempo, al generar un paro estructural, está fracasando en la distribución de la riqueza que crea.

Este puede ser uno de los mayores dilemas a los que nos enfrentemos en un futuro inmediato. ¿Cómo podemos aprovechar todas las posibilidades de una mayor comodidad en el trabajo y de la producción de mayor riqueza sin poner a millones de trabajadores en riesgo de perder su empleo y una fuente de ingresos digna?

3. EL PAPEL DEL ESTADO

Como recuerdan Ran Ide y Cordell, una de las paradojas del momento actual es que el colapso del comunismo ha coincidido con un momento en el que el capitalismo *puede* resolver con éxito el problema de producir bienes y servicios suficientes, pero sin «contar ni con la ideología ni con las instituciones» que permitan una justa y razonable «distribución de los bienes y servicios entre las personas». «El comunismo tenía los mecanismos ideológicos para la distribución de los bienes y servicios, pero no resolvió el problema de la producción.» El capitalismo tiene los mecanismos para la producción, pero no el modelo para una distribución justa.

Por ello, sólo un socialismo democrático y renovado puede conjugar a la vez la capacidad de *producción con eficacia* y la capacidad de *distribución con equidad*. En estas coordenadas debe situarse la necesidad de superación de una estrecha forma de racionalidad económica capitalista.

Coincido con Jacques Robin cuando afirma que «sólo una economía *con* mercado y no *de* mercado puede integrar la complejidad del sistema económico y social de nuestra época» sin riesgo de generar un desempleo tecnológico de grandes proporciones, que, caso de producirse, acabará dando lugar a «tensiones sociales insostenibles».

El comunismo renunció a hacer concesiones al mercado por considerarlas concesiones al capitalismo. El liberalismo y las nuevas —viejas, muy viejas— recetas neoconservadoras confían los procesos económicos y sociales al libre desarrollo del mercado con la mínima intervención política, a la conocida «mano invisible», que siempre da la bofetada en la misma cara.

La izquierda debe reivindicar la intervención pública indispensable para garantizar un futuro económicamente próspero y socialmente justo para todos. En períodos de cambio social agudo, como el actual, el papel del Estado, basado en un amplio compromiso de todos los sectores sociales, resulta fundamental para evitar las tendencias socialmente dañinas o autodestructivas del sistema. Frente al liberalismo feroz y el mercado ciego, la izquierda ha de reclamar una orientación pública en la economía y un importante papel del Estado en defensa de políticas de igualdad y justicia social.

Los que proponen una reducción del papel económico del Estado, postulando un desmantelamiento de lo público, en realidad lo que hacen es contribuir a *dejar inerte a la sociedad*, a dejar sin garantías de seguridad a los más necesitados. Esa es una trampa en la que no se debe caer.

Ante las perspectivas de futuro de trabajo, tal como se han analizado aquí, el papel del Estado ha de orientarse en un sentido compensador, que posibilite una mejor distribución de los grandes potenciales de riqueza y unas oportunidades más razonables de trabajo, o actividad social, para todos.

Las posibilidades que existen en el desarrollo de políticas públicas que contribuyan a mejorar la calidad de vida en educación, salud, cultura, hábitat, ocio, etc., pueden permitir en un futuro inmediato un crecimiento notable de empleos en el sector servicios, que podrán compensar el paro que se produce como consecuencia de la revolución tecnológica.

Pero para llegar a esta situación de equilibrio social será necesario un esfuerzo de decisión política. Será necesario compensar las disfunciones, injusticias y tensiones sociales que pueden producir el mercado por sí solo, cuando opera como único elemento regulador del decurso económico y social.

De ahí la necesidad de entender claramente el papel que puede y debe desempeñar el Estado en la dirección estratégica de la transición hacia el nuevo tipo de sociedad tecnológica avanzada. El futuro del trabajo, del desempleo, de la marginación social, de los desequilibrios sociales nacionales e internacionales dependerá, en buena parte, de la forma en que el Estado —las políticas públicas— sean capaces de cumplir un papel compensador y armonizador. Por ello tiene razón Manuel Castells cuando señala que uno de los factores decisivos en la definición del futuro del trabajo será la capacidad del Estado para asumir la dirección estratégica en la aplicación de las nuevas tecnologías de organización y realización del trabajo.

El papel del Estado no deberá orientarse solamente al propio campo de las aplicaciones tecnológicas, sino también, como señala Bottomore, hacia nuevas formas de distribución de los tiempos de trabajo, potenciando áreas específicas de realización de gastos públicos (en vivienda, educación, etc.), y aplicando una planificación económica flexible que permita definir y conjugar adecuadamente el papel de lo público y de lo privado, el papel del Estado y el mercado.

Hace falta un esfuerzo de tesón y de rigor para continuar luchando por la superación de las viejas y las nuevas formas de desigualdad que pueden desarrollarse como consecuencia de las transformaciones que se están operando en el trabajo y en el empleo, bien sea el riesgo de la «sociedad de dos tercios» (Himmelstrand), bien sea el surgimiento de nuevas *infra-clases* (J. F. Tezanos).

Será necesario también un esfuerzo de imaginación creativa para contribuir, como propone

Schaff, a la determinación práctica de los catálogos de nuevas tareas y ocupaciones socialmente útiles que hacen posibles —y necesarias— las nuevas situaciones sociales, desarrollando nuevas formas de trabajo cooperativo, auto-regulado, a tiempo parcial, a domicilio, con nuevas modalidades horarias, etc.

Uno de los principales esfuerzos de imaginación habrá de plasmarse en el campo cultural y educativo. La izquierda tiene que contribuir no sólo a una potenciación del esfuerzo pedagógico en general, sino también a que las nuevas generaciones sean formadas en un espíritu abierto, flexible, tolerante y solidario.

Para poder cubrir todos estos objetivos, y para lograr que la transición hacia la sociedad tecnológica avanzada se realice sin grandes costes sociales, a través de un equilibrio adecuado entre las exigencias de la competitividad y de una expansión económica razonable, y las necesidades sociales de amplios colectivos (que no pueden quedar privados súbitamente ni de una actividad socialmente integradora, ni de una fuente regular de ingresos), se necesita «un *nuevo compromiso social y político* de amplio alcance entre los principales interlocutores sociales, económicos y políticos».

En las manos de todos está la posibilidad de que el futuro se aproxime en el mayor grado posible a ese mundo de grandes oportunidades al que me he referido antes. Debemos aprestarnos a colaborar para que ello sea factible, analizando las posibilidades y los riesgos del cambio tecnológico, y haciendo un esfuerzo especial de comunicación para que la mayoría de los ciudadanos puedan entender mejor la forma en que pueden contribuir a forjar un futuro más próspero y equitativo.

Estos son algunos de los desafíos y las posibilidades que conforman el horizonte que se abre a la izquierda, y que se pueden resumir en el reto de continuar avanzando en la construcción de una sociedad basada en los valores de la racionalidad y la democracia, la libertad y la solidaridad.